

# Domingo I de Adviento

Ciclo A

Is 2,1-5

## a. Contexto

Llega Adviento, o sea, iniciamos el nuevo Año Cristiano, una nueva oportunidad de vivir, de renovar la vida a la luz y con la fuerza del Señor Jesús, hermano, hermana en la fe cristiana.

Con la riqueza expresiva de una temática centrada en la venida de Cristo, el Adviento se acerca a la cuestión desde diversos puntos de vista, ¿sabes?

Así, las profecías veterotestamentarias, a las que me voy a dedicar en estos domingos, se refieren a la futura venida histórica, o sea, ésa es su perspectiva, la de algo que esperamos aún.

Hay otros planteamientos, como el de los textos de las Cartas apostólicas, dedicadas a reflexionar sobre la presencia de Cristo, ya llegado a la comunidad cristiana.

Y también contamos con el aspecto escatológico, de referencia al definitivo encuentro con el Señor que viene al final, insistencia propia de los pasajes evangélicos más propios de estos días.

Si se hace la opción de partir de los textos del A.T., habrá que no perder la dimensión comunitaria y de esperanza futura, más destacada en los otros pasajes bíblicos de estos días primeros del año litúrgico.

Dejando para otros momentos más 'sosegados', más neutros (si es que los hay), el punto de vista de la oración y la meditación en el misterio de Cristo, te invito a empezar por acercarnos al Profeta Isaías.

Se trata de un personaje bíblico que nos pone en contacto con la esperanza religiosa en la acción y la presencia de Dios en la historia, con una altura religiosa y literaria como pocos.

El Libro de Isaías, cap.1- 39 del texto de la Biblia presentado con ese nombre, tiene por autor al Profeta del mismo nombre, nacido alrededor del año 760 a.J.C., hijo de un tal Amós (no el Profeta así llamado).

Procede de familia posiblemente aristocrática, judío de nacimiento, a juzgar por su interés en torno a Jerusalén y al propio Rey David. Debió vivir en la Ciudad.

Habla de las costumbres campesinas más bien por oídas, mientras muestra conocer muy bien la propia Jerusalén (cf. Is 7, 3). Estamos, amigos, además de ante un testigo de la fe judía, ante la Palabra Revelada por Dios.

Esto último, gracias a la recepción que hace de ella la Primera Iglesia Cristiana, y por tratarse, además, de uno de los grandes autores literarios de toda la humanidad, sin duda.

Su lenguaje se relaciona con los círculos judíos sapienciales y goza de una cuidada educación, oponiéndose a los manejos revestidos de cultura de que hacen ostentación los políticos del momento (cf., p.ej., Is 11,1-5).

Realizó su labor profética en el Reino de Judá, en los años 739-734 (aquí se incluyen los oráculos que hoy celebramos: Is 2,1-5), con Yotan Acaz, y Ezequías, hasta la caída de Samaría (años 734-722) a mano de los asirios.

Después de este hecho, con el mismo Rey Ezequías, el Profeta pronuncia un oráculo desaconsejando el apoyo de Egipto frente a Sargón II de Asiria (cf. Is 14, 28-32, p.ej.).

La primera parte del Libro de Isaías, que ocupa los caps.1 al 12, se divide a su vez en dos partes con un prólogo inicial-cap.1-, y una conclusión (cap.12). El cap.2, que hoy nos ocupa, encuentra su propio contexto aquí.

Viene precedido de una introducción (cf. Is 2,1) que alude a las visiones sobre Judá y Jerusalén. Lo sigue Is 2,6-22, que encierra el oráculo más antiguo que se conoce de Isaías.

## **b. Texto**

Todo esto viene a ayudarnos a comprender la sección de Is 2,1-5, dentro de Is 2-4. Esta unidad es un conglomerado de oráculos, a diferencia de Is 1, tal vez pronunciados en momentos diversos.

A modo de título (visiones sobre Judá y Jerusalén), el v.1 introduce la sección de Is.2-12, a base de cuatro tipos distintos de oráculos:

- Dos anuncios de salvación futura: símbolo de montaña en el Templo (cf. Is 2, 2-4, tema de hoy), y de la purificación de Jerusalén (cf. Is 4, 2-6);
- Dos anuncios del juicio futuro sobre la Ciudad (cf. Is 2,11-21).

En todo este conglomerado de textos, lo más claro es que los oráculos que hoy leemos en el texto sagrado atañen a los anuncios de salvación para Jerusalén por parte de Dios.

Estamos ante los oráculos más tardíos de toda esta sección (cf. Is 2-12), y en ellos se trata de ofrecer una salida, una esperanza ante lo difícil de la situación que vive el pueblo de Jerusalén.

Esa salvación viene de Dios, de Yahvé, el Señor del pueblo elegido. En este pasaje de hoy, amigos, la esperanza de salvación es explicitada a través de cuatro motivos teológicos (cf. Is 2, 2-4):

- la montaña del Señor;
- la peregrinación de todos los pueblos hacia la montaña santa;
- la acción de la Palabra del Señor que ilumina la trayectoria;
- como fruto de todo este caminar hacia Dios, la paz entre las naciones.

Frente a la dispersión, por tanto, la unidad del pueblo, mientras la tentación de la idolatría queda superada por la centralidad del Templo, signo de la sabiduría de Dios que une a los hombres en la paz definitiva.

Se trata de una imagen literaria acerca del reinado de Dios entre los hombres, tema que, para nosotros, apunta a Cristo, desde luego: de aquí se deduce que hace falta caminar "a la luz del Señor" (cf. Is 2, 5).

## **c. Para la vida**

¿Por qué no reconocer de entrada, hermanos en la fe, la trascendencia de Dios, guiados por la mano del Profeta más grande de Israel, Isaías?

Esa majestad de Dios pone en evidencia la pequeñez humana, el pecado del hombre. El orgullo humano queda en evidencia ante la santidad de Dios. Y eso siempre y ahora.

También hoy, amigos y amigas, en nuestras comunidades cristianas necesitamos el testimonio, la insistencia en la Majestad divina, para que despertemos del sueño de nuestras “grandezas”, ¿no?

Además, el tiempo de Adviento, momento de renovación de la esperanza, de sensibilización acerca de nuestra pobreza, de nuestra necesidad de Dios, tiene que llevarnos a una situación de renovación.

Se trata de reestrenar actitudes cristianas... y humanas. ¿No nos tiramos todo el año estrenando campañas publicitarias? Pues ahora es el tiempo de salvación.

Ahora es el momento de anunciar la suerte de encontrarnos con Dios, de que Dios se nos venga a casa: ¡y qué suerte, amigo! Siempre le queda a Señor un ratito para dedicárnoslo a todos, a cada uno, hermano.

Y eso, para ayudarnos a restaurar nuestra casa, para restañar las faltas de unidad, de paz entre nosotros. ¡Qué suerte, amigo! La santidad, la majestad de Dios se nos va a venir cerca, se nos va a presentar en casa.

Eso es el Adviento, compañero de vida cristiana: aquí radica la permanente novedad del Señor. Nosotros no hacemos campañas publicitarias.

Estrenamos cada año, renovada en la Palabra de Dios y en la Eucaristía, la esperanza, la fe, el amor de nuestras vidas, como invitaba a hacer Isafas.

Éste es nuestro Adviento: (menudo regalo de Navidad, ¿no?)

No lo desperdicies, hermano, hermana. Te invito a decir conmigo lo que San Agustín recordaba: “Temo al Señor que pasa”. ¡Que no se nos pase de largo este año!

Antonio Rojas, sdb